

Ahóndanse diferencias y sobreviene la ruptura

Perfilase un arreglo pacífico y satisfactorio — La magnanimidad del gobierno salva a los expedicionarios de una muerte segura — Se desvanece el optimismo al desautorizar las potencias a sus comisarios — Prim declara que España no será cómplice en una injusticia — Aparece en Veracruz el descastado Almonte — El conde de Reus augura siniestra suerte a las armas de Francia — Agrávanse las discrepancias entre los emisarios — Malhadada influencia de Saligny — Muerte a los traidores — Una conferencia en que los ánimos se caldean — Ingleses y españoles amenazan con ausentarse — Prim firme en su tesis de que el gobierno de Juárez era irreprochablemente legítimo — Imposibilidad de consolidar en México una monarquía — La alianza pueda deshecha.

CAPITULO XIV

AHONDANSE DIFERENCIAS Y
SOBREVIENE LA RUPTURA

¡Ay! Y cuán remotos los caballerescos días en que Francisco I, exclamaba: ¡Todo se ha perdido, menos el honor!"

NADIE, por desgracia, alcanzaba a prever que el tratado que se ultimó dentro de los más severos principios de la caballeridad, y en que el gobierno se mostró tan generoso, puesto que dió acceso a los expedicionarios al interior del territorio nacional, a efecto de librarles de que las dolencias tropicales siguieran diezmandoles y de que quizás acabaran aniquilándolos; iba a ser roto por los altos jefes franceses, que según autores de esta nacionalidad, cuyos pareceres ya conocemos, no fué posible que salieran ilesos de la corruptora contaminación por el imperio micronapoleónico propagada.

TOMADOS LOS PRELIMINARES DE LA SOLEDAD
COMO NUNCIO DE PAZ PROVOCARON ALBOROZO

El regocijo producido por la feliz concertación de los preliminares de La Soledad, fué casi unánime; si se exceptúa naturalmente a quienes cifraban sus más caras esperanzas en la entrega de los destinos patrios en manos de las poten-

cias extranjeras, y suspiraban por el restablecimiento de la monarquía. Causaba alborozo el considerar que la guerra extranjera, conceptuada como inminente, una guerra que habría sorprendido a México en un período de agotamiento y de crisis provocado por las inacabables luchas intestinas, había sido decorosamente conjurada.

El propio Presidente de la República denotaba satisfacción por lo que tenía todas las apariencias de ser un feliz desenlace de las dificultades internacionales.

Efectivamente, el 23 de febrero, escribía, desde México, a D. Francisco de P. Rodríguez, en Guanajuato:

"Mi querido amigo: Oficialmente remito a usted los preliminares que se han celebrado entre el señor ministro de Relaciones y los señores comisarios de las potencias aliadas. Como verá usted se salvan la independencia y soberanía de la nación, así como nuestras actuales instituciones, por eso no he vacilado en aprobarlos. Creo que es lo mejor que podríamos conseguir atendidas nuestras actuales circunstancias.

"La reacción queda definitivamente desahuciada, pues ya no habrá intervención en nuestra política, que era su esperanza de vida.

"Me apresuro a comunicar a usted por extraordinario este suceso, pues deseo que esté al tanto de lo que ocurre en este negocio.

"Soy de usted amigo y afectísimo y seguro servidor Q. B. S. M.—Benito JUAREZ".

HABER PERMITIDO AVANZAR A LOS EXPEDICIONARIOS FUE LIBRARLES DE UNA MUERTE SEGURA Y ESPANTOSA

Por otra parte, los preliminares venían a sacar a los expedicionarios de una posición que cada día iba siéndoles más intolerable. De ello dan prueba inconcusa las dificultades y las penalidades que hubieron de padecer, para avanzar hacia puntos de más bonancible clima y, sobre todo, más compatible a fuerzas procedentes de Europa; presa tan accesible al paludismo, al vómito negro y a otras fiebres malignas, así como a las implacables alimañas que suelen infestar las inhóspitas tierras tropicales.

La distribución de los ejércitos invasores, iba a ser la siguiente: francés, en Tehuacán; español, en Orizaba y Córdoba. Córdoba sería también albergue de los ingleses; pero como a su jefe, el comodoro Dunlop, el gobierno británico transmitió órdenes de permanecer en las primitivas posiciones, en ellas continuaron.

Los soldados de Napoleón III iniciaron la marcha con rumbo a Tehuacán el 26 de febrero, y apenas si los que ocupaban la vanguardia alcanzaron a llegar a ese punto el 12 de Marzo siguiente; pues los últimos transportes movidos por animales de tiro, no arribaron sino veinticinco días después.

Niox da condensadamente una idea de lo que fueron aquellas abrumadoras jornadas:

"La historia de la campaña de México —expresa—, no presenta ningún episodio comparable a esas primeras etapas. Muchas veces ejecutaron las tropas, en las tierras calientes, marchas más fatigosas, y sobre todo, más largas; no se podrían, pues, atribuir los accidentes que sobrevinieron a otra causa que a la inexperiencia de los oficiales y soldados, de ninguna manera preparados por su educación anterior a las fatigas de una campaña de esta naturaleza. Es que no se puede sin inconveniente, y a menudo sin peligro, cambiar la especialidad de cada etapa: el valor moral no lo suple todo; así es que más habría valido dejar a los soldados de marina en las colonias, a los marinos a bordo de sus buques y enviar a México una pequeña brigada de antiguas tropas aguerridas en una permanencia en África. Ochenta enfermos y doscientos soldados incapaces de caminar se quedaron en La Soledad, y en cuatro días la columna no había andado más que OCHO LEGUAS. ¿Qué habría sucedido si el enemigo hubiera querido impedirles el paso, y si las guerrillas hubieran venido a acribillar a aquellos soldados agotados por el cansancio y la fiebre?

Con que ya se presumirá la suerte que aguardaba a los intrusos, de no haberles protegido la magnanimidad del gobierno republicano.

LAS POTENCIAS REPRUEBAN A SUS PLENIPOTENCIARIOS POR ENTABLAR NEGOCIACIONES CON EL GOBIERNO

Mientras tanto en Veracruz, puerto que se dejó guarnicionado con cien hombres de cada uno de los ejércitos expe-

dicionarios, y de comandante supremo marítimo y terrestre al capitán de navío Roze, habían muerto de los invasores, para el 28 de febrero, veintinueve hombres; centenar y medio estaban confinados en el hospital de la población, y ciento veintidós en los alojamientos provisionales de Tejería.

En tal virtud, Jurien de la Gravière hubo de pedir auxilios a La Martinica, y con especial apremio dos centenares de marinos de color que pudieran resistir los rigores de la zona tórrida.

A despecho de que la desesperada situación de las tropas no podía ser más evidente, las potencias no aprobaban que sus plenipotenciarios hubieran entablado negociaciones con el gobierno de Juárez, a quienes ellas seguían negándose a considerar como legítimo. Desde los principios de sus gestiones en México, los delegados no oyeron sino censuras de sus mandantes.

El ministro francés en Madrid, imponía a su gobierno de que el español estaba en un todo de acuerdo en desautorizarlos. Y hacía hincapié en que: "La España, la Francia y la Inglaterra no pueden, cueste lo que cueste, abandonar una empresa para la cual han unido sus fuerzas. Deben hacer en México lo que se han propuesto hacer allí. En lo que toca a España, está perfectamente decidida a ello".

Lord Russell, el ministro inglés de Negocios Extranjeros, escribía al plenipotenciario Wyke, con fecha 25 de febrero: "He visto en los periódicos una copia o traducción de la proclama de los comisionados y generales de las potencias aliadas, fecha 10 de enero. El gobierno de S. M. no puede aprobar y en verdad desapruueba, esta proclama. El gobierno de S. M. cree que el camino era muy expedito. Evacuado Veracruz por las fuerzas mexicanas, los aliados debieron enviar a México las condiciones que pedían por las injurias que se enumeran en el preámbulo de la convención. Las medidas ulteriores debían depender de la respuesta que se recibiese; pero si un campamento fuera de Veracruz o el adelantarse hacia Jalapa era necesario por razones sanitarias o militares, debió pedirse en términos que inspirasen respeto y no de un modo que estimulase a la resistencia".

Huelga decir que sobre los preliminares de La Soledad, llovieron aún más acerbas críticas; supuestó que, como hacía

advertir el ministro Calderón Collantes al general Prim: "por la primera cláusula el gobierno de don B. Juárez adquiere una fama moral que no tenía, pues que dando fe a la palabra de que posee todos los elementos de fuerza y de opinión para conservarse, se entra desde luego en el terreno de los tratados o de las negociaciones".

EL CONDE DE REUS DECLARA QUE NUNCA EMPLEARIA LA INFLUENCIA DE SU PAIS PARA COMETER INJUSTICIAS

La indignación porque el lábaro de la República hubiera sido enarbolado junto con los de las naciones aliadas, tomaba proporciones indescriptibles.

Pero si desde un principio fué fácil advertir la disparidad de tendencias en la aventura, los gobiernos de las naciones aliadas no se manifestaban menos incongruentes cuando, para reclamar a Juárez reparaciones más o menos absurdas, le consideraban jefe de un gobierno, como en verdad era el suyo, legítimamente constituido; y, en cambio, desautorizaban a los plenipotenciarios enviados ex profeso a exigir satisfacciones de ese mismo régimen.

El general Prim, desde que sondeó las peligrosas complicaciones a que las naciones intervencionistas se exponían, despertó a la realidad de las cosas, y midiendo la magnitud de los sacrificios a que tendrían que aventurarse para alcanzar resultados muy inciertos; decidió en su fuero interno hacer honor a aquella su declaración, externada desde el punto y hora en que le fué dable apreciar la falta de escrúpulos de la rapacidad francesa atizada por Dubois de Saligny:

—"Yo no me resignaré nunca —había afirmado—, a emplear la influencia de mi noble y generosa nación y la sangre de sus soldados en precipitar a la ruina total a este desdichado país, al sostener exigencias tan mal basadas".

Palabras que, desde entonces, auguraron de una manera terminante que una ruptura no era algo imposible entre las naciones aliadas.

JUAN N. ALMONTE, UNO DE LOS CONSPIRADORES MAS
ACTIVOS CONTRA SU PATRIA APARECE EN VERACRUZ

Iban saliendo cada vez más nítidos a la superficie los verdaderos designios de cada una de las potencias, y aún profundizándose las pugnas de criterio entre los dos comisarios franceses, que tampoco se entendían entre sí; cuando pisa tierra veracruzana el más siniestro, con Gutiérrez de Estrada y con Hidalgo, de los maquinadores de la intriga, dispuesto a prestarse a representar, dentro del país que tuvo la desdicha de darle cuna, el bochornoso papel de instrumento sumiso de los invasores extranjeros, cuya presencia fué él uno de los intervencionistas que más activa y tenazmente atrajeron.

Juan N. Almonte arribó a playas mexicanas el primero de marzo de 1862, acompañado de Antonio Haro y Tamariz. Y aquí debe recalarse, como una confirmación más de que la idea de instaurar la monarquía en México era negocio decidido de mucho tiempo atrás, y que todas las resoluciones posteriores no tendieron sino a dar la apariencia de que este afán no era sino la interpretación de los anhelos incubados por la mayoría del pueblo; que desde el mes de enero, Almonte había estado en Miramar a recibir instrucciones del archiduque Maximiliano, que se tenía ya por emperador de México, puesto que con este carácter facultó a aquél para, en su nombre, otorgar grados militares, distribuir empleos y hasta conceder títulos.

¡Esto, cuando la primera comisión de renegados mexicanos, que capitaneó el no menos funesto Gutiérrez de Estrada, no aparecía oficialmente ante el príncipe, para ofrecer la corona, sino casi dos años más tarde: por octubre de 1863!

NAPOLEON III ENVIA TROPAS DE REFUERZO
A LAS ORDENES DEL GENERAL LATRILLE

El 6 de marzo de 1862 llegó a Veracruz el general Carlos Fernando Latrille, conde de Lorencez, a la cabeza de un refuerzo consistente en una brigada de cuatro mil cuatrocientos setenta y cuatro hombres, que disponía de seiscientos dieciséis caballos y mulas, y que hizo la travesía en los ocho buques siguientes: Forfait —barco en que navegaba el general—, Turanne, Darien, Amazone, Finisterre, Fontenoy, Canadá y Asmodée.

Con los dos mil quinientos primitivamente desembarcados, las tropas expedicionarias francesas llegaban a sumar aproximadamente siete mil individuos.

Seguían siendo desoídas por el emperador las oportunas voces de protesta de los diputados de la oposición.

Achille Jubinal, clamaba desde la tribuna parlamentaria: "¿Reprocháis a México sus revoluciones? Pues digámoslo sin sarcasmo ¿no hemos visto en nuestros últimos setenta años sucederse una docena de gobiernos? ¿A título de qué iríamos a atacar a un pueblo pequeño y pobre más allá de los mares, y en el que como un eco lejano escúchase los principios sobre los que se ha fundado nuestra gran nacionalidad? El presente gobierno es normal; Juárez es el jefe indisputable: ninguna ciudad protesta, no hay rebelión. Dadle tiempo de que se organice y de que os pague.

Jules Favre, por su lado, argüía: "No vais a México como acreedores, sino como invasores, a entronizar la fuerza y contra el derecho de gentes a un archiduque austriaco".

Esto en sesión del 13 de marzo, menos de dos meses antes del enorme descalabro que frente a Puebla iban a sufrir las armas francesas.

ALMONTE DESESPERASE HASTA EL PAROXISMO
AL CONOCER LAS NEGOCIACIONES EFECTUADAS

La desazón y el asombro, rayanos en el paroxismo, que sobrecogieron a Almonte al tener conocimiento de que los plenipotenciarios aliados estaban en pláticas con representantes del gobierno de Juárez, deseosos de buscar una resolución pacífica a las reclamaciones, no son para descritos: —"¿pero qué habéis hecho? —preguntó estupefacto cuando le comunicaban el curso de las conferencias—. Precisamente lo contrario de lo que se os recomendó, de lo que de vuestra iniciativa se esperaba. No se os recomendó que tratarais con Juárez, sino que desembarcarais de él a México, y que entronizarais a Maximiliano. Esa es la formal voluntad de Napoleón III y yo vengo, enviado por él, a hacer que se le obedezca. ¿Poneis en duda lo que os digo? Aquí está su carta autógrafa".

El general Lorencez confirmó las palabras pronunciadas por Almonte.

CON PALABRA PROFETICA DESCRIBE PRIM AL TENAZ
NAPOLEON LOS RIESGOS INMENSOS DE LA EMPRESA

Con su penetración asombrosa, el conde de Reus, previendo lo peligroso y poco menos que irrealizable de la empresa en que Napoleón III iba a comprometerse, dirigióle una carta que contenía un cuadro exacto de las condiciones reinantes en México, y de la probable triste muerte que cabría a quien se arriesgara a empuñar el cetro en un país que detestaba el régimen monárquico:

"Tengo, Sire —asentaba entre otras cosas el ameritado militar y político español—, la profunda convicción de que en este país son escasísimos los hombres de sentimientos monárquicos... A despecho del desorden y de la agitación, el establecimiento de la república ha creado hábitos, costumbres y hasta cierto punto lenguaje republicano que no sería fácil destruir. Desde hace dos meses que las banderas aliadas flotan sobre Veracruz, y ahora que ocupamos las importantes ciudades de Orizaba, Córdoba y Tehuacán, en las cuales no ha quedado ninguna fuerza mexicana, ni conservadores ni monarquistas, no nos han hecho la menor demostración que pudiese demostrar a los aliados su existencia. Fácil será a Vuestra Majestad conducir al príncipe Maximiliano a la capital y coronarle rey. Pero este rey no encontrará más apoyo que el de los jefes conservadores que no pensaron establecer la monarquía cuando estaban en el poder, pero que ahora que se encuentran vencidos y emigrados, piensan en ello. Algunos hombres ricos aceptarán también a un monarca extranjero, pero este monarca no contará con nada que le sustente el día en que el apoyo de Vuestra Majestad llegue a faltarle". (17 de marzo de 1862).

AHONDANSE LAS DIFERENCIAS DE INGLESES Y
ESPAÑOLES CON LOS PLENIPOTENCIARIOS GALOS

A la repugnancia que la sola amenaza de imponerle un soberano excitaba en el país, uníase la por momentos más irremediable escisión entre los plenipotenciarios españoles y británicos, de una parte, y los franceses, de la otra. Los últimos sutráianse al mando supremo que había sido confiado al general Prim; a quien el 20 de marzo, Saligny notificaba categó-

ricamente que, en lo sucesivo, debía ser reconocido que la expedición francesa no estaba bajo las órdenes de nadie, como no fueran las de sus directos jefes.

Resultado inmediato de tan insolente actitud, fué que Prim y Wyke robustecieran el entendimiento entre ambos, que como hemos visto empezó a germinar al redactarse el proyecto de ultimátum de las tres potencias, y desde el instante mismo en que uno y otro pudieron apreciar los apetitos incalificables de los agentes de Napoleón III.

La protección impartida a Almonte, acabó con la paciencia del español y del inglés, que hicieron patente su inconformidad con la impolítica actitud de que el nefasto intervencionista alardeaba.

Sin embargo, el contraalmirante Jurien de la Graviere mostróse indiferente a las protestas y, como condición previa a cualquier arreglo, pretende que el gobierno de la República conceda una amnistía absoluta, incondicional y sin reservas a todos los proscritos políticos, e invite a las tropas aliadas a ocupar la capital para mantener la paz pública, y "a los comisarios de las tres potencias, para concertar, de común acuerdo, la mejor manera de consultar el voto sincero y verdadero del país".

El marqués de los Castillejos tuvo un momento de indecisión, por el efecto que en su espíritu produjo una altiva repulsa de Doblado, a las pretensiones de aquél, relativamente a las aduanas y al impuesto sobre capitales. En consecuencia, en oficio a Jurien, fecha 20 de marzo mismo, el quisquilloso hidalgo calificó la nota del ministro mexicano de seca y de rayana en la insolencia. Acababa, en su arrebató, afirmando: "Eso es bastante para quemar nuestros papeles y dar orden de marcha a nuestros soldados. ¡Reunámonos, pues, y que esto termine!".

Explicaciones ulteriores volviéronle a la senda de la ecuanimidad, de la justicia y de la razón.

Por eso cuando Jurien se manifiesta resuelto a hollar los preliminares de La Soledad y a que sus tropas avancen más allá del cerro del Chiquihuite, vuela Prim a Tehuacán, para excitarle a detener la ejecución de un plan que puede atraer irreparables consecuencias.